

GILLES EMERY, *Présence de Dieu et union à Dieu. Création, inhabitation par grâce, incarnation et vision bienheureuse selon saint Thomas d'Aquin*. París: Parole et Silence, 2017, 268 pp. ISBN 972-2-88918-683-9

Gilles Emery, discípulo del padre Jean Pierre Torrell y del padre François von Guten, pertenece a una generación de pensadores en el mundo francoparlante que está renovando el acercamiento a santo Tomás como verdadero maestro de teología para nuestros tiempos. Su último libro, que reseñamos, consiste en una recopilación de artículos publicados en *Nova et Vetera* nuevamente revisados y armonizados en una unidad común como se expresa en el título. Dios en el mundo por la creación, su inhabitación especial en los santos, la Encarnación del Verbo junto con la misión del Espíritu Santo y la visión beatífica, todas estas realidades se engloban bajo dos conceptos de fecundidad insospechada: la presencia de Dios y nuestra unión con él.

El primer estudio sobre la creación es de una sencilla claridad. Tras un primer recordatorio de lo que supone la creación *ex nihilo*, se analiza en qué consisten las relaciones de causalidad y más en concreto esta relación especial pues es causalidad del *esse* de cada ente. El logro metafísico de santo Tomás de la distinción *esse-essentia* es clave también aquí y permite hablar de una relación, de razón en Dios y real en las criaturas. Accidente propio de todos los entes que da cuenta a la vez del estatuto religioso del mundo y de su legítima autonomía. La recuperación del tema tomasiano del *duplex ordo* del universo contribuye a entender mejor esta difícil cuestión. Asimismo, se compara luminosamente las concepciones tomistas con la de otros pensadores como san Buenaventura, Enrique de Gante o Duns Scoto.

A la omnipresencia de Dios en el mundo por la creación sigue el estudio sobre la inhabitación de Dios Trinidad en los justos. Es en este capítulo donde se manifiesta en síntesis una de las mejores aportaciones que este autor, entre otros, está haciendo a la teología trinitaria. Visiones parciales de santo Tomás o interpretaciones evolutivas de su pensamiento han escondido quizá las dos maneras complementarias como el santo da cuenta de esta especial presencia de Dios en los justos “como en su templo”.

Una primera perspectiva que nuestro autor denomina “descendente” o “de sigilación” es la que aparece en el Comentario a las Sentencias. Parte de Dios como

principio de esta nueva presencia que permite a los hombres poseer y gozar de la misma Trinidad. Según esta línea podemos considerar los dones creados de la “sabiduría” y del “amor” como una participación creada de la propiedad personal increada e intratrinitaria del Hijo y del Espíritu Santo. En tanto que, enviados al alma, el Hijo y el Espíritu la marcan creando en ella una participación de su propiedad personal. De este modo nuestra unión a Dios crece cualitativamente pues desde ahora nuestra alma ha sido asimilada a la relación personal que Hijo y Espíritu Santo tienen con el Padre, de tal modo que recibiendo los dones del conocimiento y amor sobrenaturales recibimos también a la misma Trinidad en el alma. La causalidad eficiente y ejemplar de las procesiones divinas en las misiones da mucha luz a este respecto.

La segunda perspectiva -que completa la primera- es la llamada vía “ascendente” u “operacional”. Aquella que contempla la inhabitación a partir del hombre en gracia de Dios, más concretamente de los dones creados que llamamos gracia santificante por los cuales el hombre se une a Dios. En este caso Dios más que como causa de estos dones aparece como objeto de la operación humana divinizada del conocimiento y amor sobrenaturales (la fe y la caridad). Por esta vía Dios está en el alma como lo conocido está presente en el que conoce y lo amado en el que ama. De este modo el espíritu se une a Dios por el hábito entitativo de la gracia, por sus virtudes sobrenaturales y sobre todo en el acto de las mismas.

Este panorama tan integrador de la doctrina de la inhabitación es completado por el autor con su correlativo antropológico, la doctrina del hombre como *imago Dei* en santo Tomás lo cual hace notar la fuerte influencia de san Agustín en el pensamiento del dominico, aspecto no siempre suficientemente valorado.

En su tercer estudio Emery aborda el tercer tipo de presencia de Dios: la encarnación, o unión hipostática. Es muy enriquecedor el nuevo ángulo en el que se posiciona, sin salirse de la doctrina tomista, enfoca no obstante este tema desde los comentarios bíblicos del santo haciendo valer su vertiente más exegética. La frase de Colosenses 2, 9 que afirma de Cristo que “*en él habita corporalmente la plenitud de la divinidad*” le permite hacer un estudio histórico y exegético de la doctrina que condensa. La atención al contexto, la diversidad de fuentes integradas, la intervenculación con otros textos de la escritura etc. son algunas características que adornan un profundo sentido de la presencia de Dios en la Encarnación: en Cristo se condensan de alguna manera los tres niveles de presencia y unión que hemos recorrido. En Él Dios se hace presente primero como en cualquier criatura, segundo llenando su alma humana de los dones de la gracia y por último por una unión de su cuerpo y alma con la persona del Verbo. Los apuntes de plenitud y corporalidad permiten distinguir la especificidad de esta presencia respecto a las anteriores que se dan siembre según ciertos límites o sólo en el alma. En afortunada frase del autor: Cristo es el hogar y centro de toda presencia de Dios en el mundo.

En continuidad de método con el estudio anterior Emery dedica el cuarto capítulo a desentrañar la misión del Espíritu Santo en el comentario a la epístola a los Romanos de santo Tomás. Diversos aspectos de la acción del Espíritu en la economía salvífica son considerados: su identidad divina, su relación con Cristo, su presencia en la Iglesia, la adopción filial, las virtudes teologales, la nueva ley y libertad, la oración, la inspiración profética... todo ello es muestra del importante rol que santo Tomás atribuye al Espíritu Santo. Santo Tomás da cuenta de estos datos de la Escritura a través de dos temas mayores de su especulación trinitaria: el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y el Espíritu Santo es personalmente el Amor.

La última parte del libro se sumerge en el estudio de la visión de Dios. Nuevamente el autor cambia su método al abordar la cuestión. En esta ocasión hace un comentario *in extenso* de la constitución apostólica *Benedictus Deus* con la doctrina de santo Tomás. Esta opción, si bien enriquece la pluralidad de enfoques, puede, sin embargo -según nuestro parecer- ir en contra de la unidad de la obra además de dejar de lado algún aspecto importante de la doctrina tomista que se nota ausente en el artículo, como por ejemplo el rol de la caridad en nuestra unión con Dios en el Cielo.

El quién, el cuándo, el qué y el cómo de la visión bienaventurada son considerados a la luz de los textos tomasianos. También se completan las explicaciones con alguna prolongación propia del santo: en la visión bienaventurada Dios se da a sí mismo siendo él mismo la forma del intelecto que le conoce y le es unido, no hay mediación objetiva creada. Además, *en y por* la esencia de Dios los bienaventurados conocen las otras cosas en especial la humanidad de Cristo. Y, por último, la necesidad del *lumen gloriae* como mediación subjetiva creada que eleva el entendimiento para poder realizar el acto sobrenatural de la visión. El carácter estable y permanente de la visión, el cumplimiento de la fe y la esperanza en la visión y fruición celeste o la relación entre visión y beatitud cierran las reflexiones acerca de este último modo de presencia de Dios y unión nuestra para con él.

Ciertamente el presente libro es buena muestra del profundo trabajo doctrinal y pedagógico que se está haciendo en el estudio de santo Tomás. Subyace la profunda intuición de que los conceptos de presencia de Dios y unión a él pueden constituir un punto focal desde donde ver lo plural (creación, inhabitación, encarnación, visión) *ut unum*. Quizá el carácter de recopilación de artículos y la variedad de métodos de enfoque puede dificultar sin embargo la apreciación de esta fecunda idea. También se hecha en falta una consideración sobre la presencia de Dios en la Eucaristía y nuestra común-unión con él por el sacramento. Podría quedar así quizá más completo un cuadro que ya de por sí tiene un gran valor por su nitidez, colorido y composición.